

# KAREN MARIE MONING



## FIEBRE ANHELADA

Por la autora de *El beso del Highlander*

TERCIOPELO

# Fiebre anhelada

Karen Marie Moning

Traducción de  
Scheherezade Surià



Algunas personas son una fuerza de la naturaleza.  
Igual que el viento o el agua erosionan la piedra,  
ellas también remodelan vidas.  
Este libro está dedicado a Amy Berkower.

## Primera parte

Recuerdo que, cuando estaba en el instituto, odiaba ese poema de Sylvia Plath en el que hablaba de tocar fondo. Decía que lo conocía perfectamente y que todo el mundo lo temía, pero ella no porque ya lo había sufrido.

Sigo odiándolo.

Sin embargo, ahora lo entiendo.

Diario de Mac

## Prólogo

*Mac, 11.18 horas, 1 de noviembre*

«**M**uerte. Peste. Hambre.»

Me rodean mis amantes, los aterradores príncipes *unseelie*.

Nunca hubiera dicho que la destrucción pudiera ser tan hermosa. Seductora. Arrolladora.

Mi cuarto amante, ¿Guerra?, me atiende con mucha ternura. Es irónico, tratándose del creador de la Calamidad, el hacedor de la Locura, si es que es él en realidad. Por mucho que lo intento, no logro verle el rostro. ¿Por qué se esconderá?

Me acaricia la piel con manos abrasadoras. Me carbonizo, me salen ampollas y los huesos se me funden del calor sexual que ningún humano puede soportar. El deseo me consume. Arqueo la espalda y le pido más con la lengua seca y los labios agrietados. Mientras me llena, me apaga la sed. El líquido me resbala por la lengua y se desliza hasta la garganta. Siento convulsiones. Él se mueve en mi interior. Atisbo su piel, su músculo, un trozo de tatuaje. Pero sigue sin rostro. Este que se mantiene oculto me aterra.

En la distancia alguien vocifera unas órdenes. Oigo muchas cosas pero no entiendo ninguna. Sé que he caído en manos enemigas. También sé que, pronto, ni siquiera seré consciente de esto. *Pri-ya*, una adicta al sexo *fae*, creo que no hay ningún otro lugar ni ninguna otra cosa que desearía ser.

Si mis pensamientos fueran lo bastante coherentes para formar frases, te diría que solía pensar que la vida se desplegaba de una forma lineal. Que las personas nacían y se iban al... ¿cuál es la palabra humana para eso? Me vestía con esmero todos los días. Había chicos. Montones de chicos guapos. Pensaba que el mundo giraba en torno a ellos.

«Tengo su lengua en la boca y me desgarras el alma. Que

alguien me ayude, por favor, que me deje en paz y se vayan todos.»

¡Escuela! Esa era la palabra que andaba buscando. Después de eso, consigues un trabajo. Te casas. Tienes... ¿qué era? Los *fae* no pueden tenerlos. No los comprenden. Pequeños trocitos de vida... ¡Bebés! Si tienes suerte, vives una vida buena y plena y envejeces con alguien a quien amas. Luego vienen los ataúdes. Destellos de madera reluciente. Lloro. ¿Una hermana? ¡Malo! ¡Ese recuerdo duele! ¡Olvídalo!

«Están en mi vientre. Quieren mi corazón. Quieren desgarrarlo. Una oleada de pasión que ellos no pueden sentir. Frío. ¿Cómo puede ser tan frío el fuego?»

Céntrate, Mac. Importante. Encuentra las palabras. Respira hondo. No pienses en lo que te está sucediendo. Ver. Servir. Proteger. Otros están en peligro. Otros muchos murieron. No puede haber sido para nada. Piensa en Dani. Ella está en tu interior, debajo de esa imagen adolescente con las manos en los bolsillos, la cadera ligeramente ladeada y mirándote fijamente.

«Tengo orgasmos sin cesar. Soy un orgasmo. ¡Placer y dolor! ¡Exquisito! Mi mente se derrite y se me desgarran el alma; cuanto más me llenan ellos, más vacía me siento. Todo va resbalando, deslizándose, pero antes de que esto ocurra, antes de que se haya ido completamente, tengo un odioso momento de claridad y lo veo.»

Gran parte de lo que creía de mí misma y de la vida provenía de los medios de comunicación modernos; nunca me cuestionaba nada. Si no estaba segura de cómo desenvolverme en una situación determinada, buscaba mentalmente una película o programa de televisión en el que hubiera visto una problemática similar y hacía lo mismo que los actores habían hecho. Como una esponja, absorbía mi entorno y acabé convirtiéndome en un subproducto del mismo.

No creo que ni una sola vez mirase al cielo ni me preguntase si existía vida en el universo más allá de la raza humana. Lo que sí sé es que nunca miré hacia abajo, a la tierra que pisaba, ni contemplé mi propia mortalidad. Viví una vida de color de rosa, completamente ajena a todo salvo a los chicos, la moda, el poder, el sexo; cualquier cosa que me hiciera sentir bien en el momento.

Pero estas confesiones las haría si pudiera hablar, y no puedo. Me da vergüenza. Me da muchísima vergüenza.

«¿Quién coño eres?», me preguntó alguien a gritos hace poco; no logro recordar su nombre. Es alguien que me asusta. Y me excita.

La vida no discurre en una línea horizontal.

La vida pasa en destellos y tan deprisa que no ves venir esos momentos que te dejan fuera de combate, como el Coyote que al final termina apisonado por el Correcaminos, víctima de sus descabellados planes. Una hermana muerta. Un legado de mentiras. Una herencia familiar que no quiero. Una misión imposible. Un libro, una bestia que es la fuerza máxima que quienquiera que lo recibe primero en sus manos decide la suerte del mundo. Puede que también de todos los mundos.

Estúpida *sidhe-seer*. Tan segura que estabas de tener las cosas bien encaminadas.

Ahora mismo y en este mismo lugar —no en una carretera de dibujos animados de la que me puedo despegar, incorporarme y echar a correr, sino en el suelo de una iglesia, desnuda, perdida, rodeada de *faes*— siento que mi arma más poderosa, aquella a la que juré que nunca renunciaría, la esperanza, se me escapa. Hace tiempo que perdí la lanza. Mi voluntad es...

¿Voluntad? ¿Y qué es eso? ¿Conozco la palabra siquiera? ¿La he conocido alguna vez?

«Es él. Está aquí. El que mató a Alina. Por favor, por favor, por favor no dejes que me toque. »

¿Me está tocando? ¿Es el cuarto? ¿Por qué se esconde?

Cuando los muros se vienen abajo y se desmoronan, esa pregunta es la única que importa: ¿Quién eres?

Apesto a sexo y a su olor, su olor a especias, a una droga oscura. No tengo sentido del tiempo ni del espacio. Están dentro de mí y no puedo quitármelos. ¿Cómo había sido tan estúpida de pensar que, en el momento crucial, cuando se me viniera el mundo al suelo, vendría a mi rescate un caballero de brillante armadura a lomos de un corcel blanco, o una silueta elegante y oscura sobre una Harley misteriosamente silenciosa o una figura que aparecería en un destello dorado tras invocarle? ¿Dónde me habían criado? ¿En un cuento de hadas?

Esto no es así. Estos son los cuentos de hadas que se suponía que debíamos contarles a nuestras hijas. Hace unos pocos miles de años, ya lo hacíamos. Pero luego nos volvimos ñoños y demasiado complacientes, y cuando los Ancianos fueron silenciados, nosotras mismas nos permitimos olvidar las viejas formas. Gozamos de las distracciones de la tecnología moderna y nos olvidamos de la cuestión más importante de todas.

¿Quién coño eres?

Aquí en el suelo, en mis últimos momentos, en un último gran hurra para MacKayla Lane, veo que la respuesta es todo lo que he sido.

No soy nadie.

## Capítulo 1

*Dani, 14.58 horas, 1 de noviembre*

**H**ola, soy yo, Dani. Me encargaré de esto durante un tiempo. Y será lo mejor porque Mac está metida en un buen atolladero. Bueno, todos lo estamos. Lo de anoche lo cambió todo. Como si fuera el fin del mundo, vaya. Sí, así de mal fue. El mundo *fae* y el humano colisionaron en el mayor *big bang* desde la creación y ahora todo está patas arriba.

Las malditas Sombras sueltas por la abadía. Ro por el tejado gritando que Mac nos había traicionado. Nos pidió que la atrapáramos y que la trajéramos viva o muerta. Que la hiciéramos callar o que acabáramos con ella. Que la mantuviéramos lejos del enemigo porque es un arma demasiado poderosa para que la usen en nuestra contra. Es la única que puede localizar el Sinsar Dubh. No podemos permitir que caiga en malas manos y Ro dice que todas lo son salvo las suyas.

Sé cosas de Mac que me mataría si se enterara de que las sé. Es una suerte que no lo sepa porque no quiero tener que vérmelas con ella.

Pero aquí estoy, persiguiéndola.

No creo que rompiera el Orbe de las Sombras, aunque casi todas las demás sí lo creen, pero eso es porque no conocen a Mac como yo. Mac y yo somos como hermanas. Es imposible que nos haya traicionado.

A las cinco de la mañana éramos setecientos trece las que estábamos con vida en la abadía. En el último recuento quedaban quinientas veintidós *sidhe-seers*. Tomamos Dublín. Buscamos a Mac y, mientras, les dimos una buena paliza a los *faes* que encontrábamos en el camino.

Aún no hay rastro de ella, pero vamos en la dirección correcta. Hay un epicentro de poder en la ciudad que apesta a *fae* y es

tan tóxico como la humareda que se levanta tras una explosión nuclear. Todas sentimos lo mismo. Le notamos el gusto. Casi me parece ver el hongo de humo que pende del aire. Ni siquiera hablamos entre nosotras. No hace falta. Si Mac aún está en Dublín, allí es donde estará, seguro. No me creo que los *sidhe-seers* sean capaces de resistirse a este tipo de atracción. Espero que ella los esté dejando como un colador con la lanza. Lucharemos codo con codo como hicimos hace un par de noches.

Pero tengo una sensación desagradable en la boca del estómago, como si estuviera enferma...

¡Joder! No estoy enferma. Nunca lo he estado. Las enfermedades son para los cobardes y para los quiero y no puedo.

—Menos yo —susurro, con paso decidido y una sonrisa.

—¿Qué? —pregunta Jo, que va detrás de mí.

No me molestó en responder. Ya me creen lo bastante engreída. Pero es que tengo razones para serlo. Ajá. Soy muy buena.

Quinientas veintidós de nosotras acercándonos. Luchamos como jabatas y podemos hacer mucho daño, pero tenemos solo un arma, la Espada de la Luz, que puede matar *faes*.

—Y es solo mía. —Sonrío de nuevo. No puedo evitarlo. Es la caña. Ser una superheroína es lo mejor que hay. Soy súper rápida, súper fuerte y tengo algunos «súper» más por los que Batman cambiaría todos sus juguetitos. Todo lo que a la gente le gustaría hacer, yo puedo hacerlo. A mi espalda, Jo repite «¿Qué?», pero dejo de sonreír. Vuelvo a sentirme inquieta y cabreada. Tener catorce años —bueno, casi catorce— es una mierda. En un momento paso de sentirme de maravilla a estar enfadada con todo el mundo. Jo dice que son las hormonas y que con el tiempo va a mejorar. Si lo que quiere decir es que voy a ser adulta, gracias, pero no. Prefiero mil veces mis quince minutos de fama. ¿Quién quiere envejecer y quedarse arrugado?

Si anoche los *unseelie* no hubieran cortado el suministro eléctrico, convirtiendo así la ciudad en una Zona Oscura inmensa, hubiera llegado cuanto antes hasta Mac, pero Kat nos hizo esconder como cobardes hasta el amanecer.

—No hay suficientes linternas —dijo.

—Joder, pero yo soy súper rápida —repliqué.

—Fantástico —añadió—. ¿Prefieres que te veamos impac-

tar como una bala contra una Sombra y palmarla? Eso es muy inteligente, Dani, mucho.

Eso me cabreó, pero tenía algo de razón. Cuando me muevo tan deprisa me resulta difícil ver lo que se me acerca. Sin suministro eléctrico, nadie puede poner en duda que las Sombras poseen la noche.

—¿Y a ti quién te ha puesto al mando? —le dije, pero fue más bien una pregunta retórica y ambas lo sabíamos, de modo que ella se dio media vuelta. Ro la había puesto al mando. Ro siempre lo hace, aunque yo soy mejor, más rápida y más lista. Kat es obediente, sumisa y prudente. Me vienen arcadas.

Hay coches estrellados y volcados por todos sitios. Pensé que habría más cadáveres. Las Sombras no comen carne muerta. Supongo que eso lo hacen otros *unseelie*. En la ciudad reina un silencio fantasmal.

—¡Echa el freno, Dani! —grita Kat—. Vuelves a acelerar. ¡Ya sabes que no podemos seguir tu ritmo!

—Lo siento —digo entre dientes y reduzco un poco la velocidad. Con lo que siento que se avecina y yo con este nudo en el estómago...

—No estoy enferma —me digo, aunque aprieto los dientes de la mentira que acabo de soltar. ¿A quién diantre quiero engañar? Me siento muy mal. Me noto las palmas y las axilas sudorosas del miedo. Me seco la espada en los vaqueros. El cuerpo sabe las cosas antes que el cerebro. Me ha pasado desde que era pequeña. Mamá solía asustarse. Eso es lo que me hace luchar tan bien. Sé que voy a enfrentarme a una de esas cosas que me despiertan de madrugada y cuya imagen desearía poder arrancarme de las pupilas.

Independientemente de lo que nos aguarde, sea lo que sea que desata esa lluvia radioactiva en el cielo, es la fuerza *fae* mucho más poderosa que haya sentido nunca y está concentrada en un único lugar. Como sucede siempre, vienen los otros *sidhe-seer* y empiezan a luchar, mientras yo hago lo que he estado haciendo desde que Ro me acogiera cuando asesinaron a mamá.

Mato.

Nos extendemos como una red. Somos quinientos. Nos cubrimos los unos a los otros alrededor del epicentro. Nada puede atravesarnos a menos que vuele. O se desplace.

¡Joder! O se desplace. Algunos *faes* pueden desplazarse de un sitio a otro con solo pensarlo. Son un pelín más rápidos que yo, pero intento solucionarlo. He estado comprobando una teoría, aunque todavía no he acabado de descubrir los entresijos de la cuestión. ¡Y son la clave!

—Basta —le dije a Kat entre dientes—. ¡Diles que paren!

Me fulmina con la mirada pero accede y grita una orden que consigue romper filas. Estamos bien entrenados. Nos movemos juntos y yo le cuento lo que me preocupa, que Mac está allí y está en apuros, y que si los malos que emanan esas fuerzas pueden desplazarse —como suele suceder en el caso de los más malos— desaparecerá en cuanto nos vean.

Eso significa que tengo que entrar sola. Soy la única que puede atacar con el mayor sigilo y rapidez para conseguirlo.

—De ninguna manera —me dice Kat.

—No hay más remedio, y lo sabes.

Nos miramos. Ella adopta esa mirada que suelen poner los adultos y me acaricia el pelo. Me aparto de una sacudida. No me gusta que me toquen. Los adultos me ponen de los nervios.

—Dani —dice, y luego hace una larga pausa.

Conozco perfectamente ese tono y sé a dónde quiere ir: a Rolloolandia directo y sin paradas. Pongo los ojos en blanco.

—Ahórratelo para alguien a quien le importe que, por si no lo sabías, no soy yo. Voy a subir a tantear el terreno. —Señalo un edificio cercano con la cabeza—. Luego entraré. Y, escúchame bien, entrad solo y únicamente cuando yo haya salido —le digo lentamente para que le quede bien clarito.

Nos quedamos mirándonos un momento. Sé lo que está pensando. No, leer mentes no es una de mis especialidades. Los adultos lo telegrafían todo. Que alguien me mate antes de poner una cara de boba como esa. Kat piensa que si hace un llamamiento contra mí y pierde a Mac, Ro va a cortarle la cabeza. Pero si me deja organizarlo a mí y las cosas van mal, puede echarle la culpa a Dani, la más cabezona e incontrolable de todos. Me las cargo muy a menudo, pero no me importa porque hago lo que hay que hacer.

—Subiré yo —dice ella.

—Tengo que visualizarlo yo o acabaré cogiendo algo que no es. ¿Es que quieres que salga con un hada de mierda en las manos? —Se enfadan cuando me oyen decir palabrotas. Como si fuera una niña. Como si no hubiese derramado mucha más sangre que ellas. Soy lo bastante mayor para matar pero demasiado joven para decir tacos. Es como si quisieran que un pitbull fuera faldero. ¡Qué ilógico es todo esto! La hipocresía me repatea más que cualquier otra cosa.

Ella arruga el morro. Yo insisto.

—Sé que Mac está ahí dentro y que, por algún motivo, no puede salir. Está en peligro. —¿Estaba rodeada? ¿Tan herida estaba? ¿Había perdido la lanza? No lo sabía. Lo único que sí sabía era que estaba de mierda hasta las orejas.

—Rowena ha dicho viva o muerta —me dice Kat fríamente. Dejó en el aire un «parece que morirá pronto y se nos acabarán los problemas».

—Queremos el libro, ¿te acuerdas? —Intento razonar con ella. En ocasiones pienso que soy la única que ha leído alguno.

—Lo encontraremos sin su ayuda. Nos ha traicionado.

Menudo motivo. Me jode que la gente saque conclusiones precipitadas para las que no tiene pruebas.

—Eso no lo sabes, así que cállate —le digo en un gruñido. Alguien cogió a Kat por el cuello de la chaqueta y la puso de puntillas. Era yo. No sé quién se sorprendió más, si ella o yo. La bajé de nuevo y miré para otro lado. Nunca había hecho algo así antes. Pero Mac está allí y tengo que sacarla y Kat me está haciendo perder tiempo, mucho tiempo, con estas gilipolleces.

Ella aprieta los labios y se le forman arrugas alrededor. Me mira con esa expresión que conozco tan bien y que me cabrea pero me hace sentir tan sola.

Me tiene miedo.

Mac no. Una muestra más de que somos como hermanas. Sin mediar palabra, desaparezo hacia el edificio.

Desde la azotea del edificio diviso los alrededores.

Aprieto los puños. Siempre llevo las uñas muy cortas pero, a pesar de eso, se me clavan en la piel y la hacen sangrar.

Dos *faes* arrastran a Mac por los escalones de entrada de una iglesia. Está desnuda. La echan como si fuera una bolsa de basura en medio de la calle. Un tercer *fae* sale de la iglesia y se une a ellos, y se quedan ahí de pie, con los guardias imperiales a su alrededor, vigilando la calle.

La crudeza de la sexualidad que dejan al descubierto me sobrepasa, pero no así con V'lane, a quien le voy a dar mi virginidad algún día.

Estoy tan obsesionada con el sexo como cualquiera, pero esas cosas... ahí... esos increíbles —«Son tan hermosos que hasta duele mirar. ¿Qué es esto mojado que me noto en las mejillas? ¿Me hierven los globos oculares?»— seres tan bellos me asustan incluso a mí y yo no me asusto fácilmente. Ellos no se mueven de una forma normal. Tormentas de colores resplandecen bajo su piel. Unas líneas negras les serpentean por el cuello. No tienen nada en los ojos. Nada. Son ojos de puro olvido. Poder. Sexo. Muerte. Apestan a muerte. Son *unseelies*. Mi sangre lo sabe. Quiero arrodillarme a sus pies y rendirles culto, y Dani Mega O'Malley no rinde culto a nada ni a nadie salvo a ella misma.

Me seco la cara. Me miro los dedos y están teñidos de rojo. Los ojos me supuran sangre. Qué cosa más extraña... pero mola. Los *faes* no tenemos nada que envidiar a los vampiros.

Cierro los ojos y cuando los vuelvo a abrir, no miro directamente a las cosas que vigilan a Mac sino que tomo una imagen de la escena tipo gran angular. De cada *fae*, de las bocas de incendios, los coches, los baches, las farolas y la basura en general. Trazo un mapa con todos los objetos y los espacios vacíos en mi red mental, lo proceso, calculo el margen de error en base a un posible movimiento y lo añado a mi instantánea particular.

Entrecierro los ojos. Una sombra cruza la calle tan deprisa que casi no logro verla. El *fae* no parece percatarse de que está allí. Observo. No responden. Nadie gira la cabeza para seguirla. Me es imposible enfocar. No le distingo la forma. Se mueve como me muevo yo... en gran parte. ¿Qué narices? No es una Sombra. No es un *fae*. Es un contorno borroso. Ahora la veo por encima de Mac. Ahora ha desaparecido. Lo bueno es que si los *unseelies* no la ven, tampoco deberían verme a mi cuando

me acerque como una bala a cogerla. Lo malo es, ¿y si eso, sea lo que sea, me ve a mí? ¿Y si chocamos? ¿Qué es? No me gusta lo desconocido. Lo desconocido puede matarte.

Percibo el destello de la lanza de Mac en la mano de un hombre vestido de rojo. La lleva algo alejada de su cuerpo. Solo los *seelies* o los humanos pueden tocar las Reliquias *seelie*. Tiene que ser o una cosa o la otra. ¿Será lord Master?

Tienen a Mac. Tienen la espada. No sé si puedo coger ambas cosas, así que no lo intentaré. No me arriesgaría si no fuera por Mac. Le están haciendo daño. Sangra por todos lados. Es mi heroína. ¡Los odio a morir! Los *faes* se llevaron a mi madre y ahora han cogido a Mac. Actualizo la instantánea de la escena antes de entregarme a la locura del interior y dejar que ese lugar me devore por completo.

Al instante me siento bien, despejada y liberada de todo. Soy la hostia. ¡Soy lo más grande del mundo!

Paso directamente de un fotograma a otro. No hay pasos intermedios.

Estoy en la azotea del edificio.

Estoy entre los guardas. La lujuria —«necesitoquierosexo-muerte»— me abrasa por dentro pero me mueve demasiado deprisa y no pueden tocar lo que no ven y no pueden verme y lo único que tengo que hacer es no rendirme; odiar, odiar, odiar y hacerme una armadura con todo ese odio. Tengo odio suficiente para blindar a todo el cuerpo policial irlandés.

Recojo a Mac.

Congelo el fotograma.

Tengo el corazón en un puño. ¡La cosa borrosa me impide el paso! Pero ¿qué es?

La esquivo.

Oigo a un *fae* gritar detrás de mí.

Entonces le grito a Kat y al resto del equipo que vengan, cojan la lanza y maten a esos gilipollas.

Tengo a Mac en los brazos y voy congelando los fotogramas tan deprisa como puedo, derecha a la abadía.

## Capítulo 2

*Dani, 4 de noviembre*

—**A**ver si te he entendido bien —dice Rowena entre dientes.

Me da la espalda; su pequeña figura prácticamente tiembla de la rabia. A veces, Ro parece una anciana. Otras, es increíblemente ágil. Es extraña. Tiene la espalda tiesa como un palo y los puños apretados. Lleva el pelo blanco recogido en una trenza cual corona en la cabeza. También lleva la túnica blanca oficial de Gran Maestra blasonada con el símbolo de nuestra orden —el deforme trébol de color esmeralda—, que no se ha quitado desde que se desató todo este follón. Me sorprende que haya esperado tanto tiempo para arremeter contra mí, pero supongo que ha estado ocupada con otras cosas.

Me ha confiscado la espada. La tiene encima de la mesa. La hoja resplandece como el alabastro, como si le hubieran robado la luz al cielo, mi luz, y refleja el fulgor de la docena de lámparas que decoraban el despacho para iluminar hasta el último rincón, recodo y grieta.

Cuando en la víspera de Todos los Santos explotó el Orbe que liberó las Sombras, nos cogieron tan desprevenidas que esas cosas asquerosas lograron cargarse a cincuenta y cuatro de las nuestras antes de que pudiéramos coger las lámparas y linternas suficientes para protegernos. Por lo que sabemos, son inmortales. Mi espada no las puede tocar. La luz produce sobre ellas un efecto de ejecución temporal, solo las obliga a adentrarse en cualquier grieta oscura que puedan encontrar. Han puesto en peligro nuestra abadía, pero no vamos a ceder. De ninguna manera van a invadir las Sombras nuestra casa y convertirla en una Zona Oscura. Vamos a cazarlas una por una y las expulsaremos por la fuerza.

Ayer, a Sorcha se le metió una en el zapato. Clare fue tes-

tigo. Dijo que Sorcha desapareció en el interior del zapato al ponérselo y dejó tan solo un montón de ropa alrededor. Cuando le dimos la vuelta a la luz del sol, solo salió un papel, joyas y dos empastes, seguidos de una Sombra que estalló en mil pedazos. Ninguna de nosotras se pone ahora sus zapatos sin sacudirlos bien antes y enfocarlos con la brillante luz de las linternas. He estado llevando sandalias últimamente, incluso aunque haga frío. ¡Qué manera de irse, morir por una Sombra metida en el zapato! Sonríe. Tengo un sentido del humor muy negro. Intenta vivir mi vida y verás de qué color se vuelve la tuya.

Miro la espada y cierro la mano en el aire como si cogiera la empuñadura. Me duele separarme de ella.

En un remolino de ropaje blanco, Rowena se da la vuelta y me fulmina con una mirada gélida. Me mueve, incómoda. Puede que me burle de Rowena, que la llame «Ro» y parlotee sobre lo guay que soy, pero no os equivoquéis, esta mujer es alguien con la que hay que andarse con cuidado.

—¿Tenías a lord Master y a tres príncipes *unseelies* a tiro y ni siquiera desenfundaste la espada?

—No pude —contesté, a la defensiva—. Tenía que rescatar a Mac. No podía arriesgarme a que la mataran durante la pelea.

—¿Qué parte de «viva o muerta» no acabaste de entender?

Pues está claro que la parte de «muerta», pero no se lo pienso decir.

—Ella puede localizar el Libro. ¿Por qué se le olvida a todo el mundo?

—¡Ya no puede! Lo supiste en cuanto la viste. Es una traidora y ahora también una *pri-ya*: ya no nos sirve. Es incapaz de pensar o de hablar, ¡ni siquiera es capaz de comer! Morirá en cuestión de días, si llega. Y encima vas y echas a perder la única oportunidad que teníamos de matar a nuestro enemigo y a tres príncipes *unseelie*... ¡Y todo por salvar la vida de una muchacha inútil! ¿Por qué te crees con la potestad de tomar este tipo de decisiones por nosotras?

Puede que Mac sea una *pri-ya*, pero no es ninguna traidora. Me niego a creérmelo. No le digo nada.

—Fuera de mi vista —me grita—. ¡Vete! ¡Vete o te saco a

patadas! —Alza aún más la voz y me señala la puerta—. Como ya sabes qué es lo mejor, ¡vete! ¡Inténtalo, niñata desagradecida! ¡Como si no hubiera hecho por ti lo que una madre e incluso más! ¡Vete! ¡A ver cuánto tiempo logras sobrevivir sin mí!

Me niego rotundamente a mirar la espada. No hace falta que me lo diga. Ro lo coge todo al vuelo. Pero si me lo dice en serio, puedo superarla con la espada... y lo haré.

La miro, me siento necesitada y rezumo remordimiento. Se me inundan los ojos. Me tiembla el labio inferior. Nos quedamos mirando la una a la otra.

Cuando me duelen los músculos de la cara de contener esa expresión tan cobarde y estúpida, se le ablanda la mirada. Toma aire y lo suelta despacio. Cierra los ojos y suspira.

—Dani, ay, Dani. —Chasquea la lengua y abre los ojos—. ¿Cuándo aprenderás? ¿Cuando hayas muerto? Hago lo que mejor te conviene. ¿Acaso no confías en mí?

Siempre he recelado mucho de esa palabra porque significa aceptar las cosas sin cuestionarlas. Ya lo hice una vez.

—Lo siento, Rowena. —Se me quiebra la voz. Agacho la cabeza. Quiero recuperar mi espada.

—Soy consciente de lo que sientes por esa, esa...

—Mac. —Me ofrezco a terminar la frase antes de que ella suelte algo que me cabree de verdad.

—Pero te juro que nunca lo comprenderé. —Se detiene y hace una larga pausa; sé que es la señal para que empiece a justificar mi existencia.

Le digo todo lo que quiere oír. Me siento sola, le digo. Mac fue muy buena conmigo. Me sabe mal haberme portado tan mal. Le digo que estoy tratando de ser la persona que ella quiere que sea. Lo haré mejor la próxima vez.

Ro deja que me vaya pero se queda mi espada. Accedo. Por ahora. Sé donde está y si no me la devuelve pronto, encontraré la excusa para matar algo.

Entre tanto, tengo mucho que hacer. Debido a mi supervelocidad, me usan de recadera por todo el condado para recoger lámparas, bombillas, pilas y una lista entera de materiales varios. La locura que vimos en Dublín todavía no se ha desatado por aquí. Aún tenemos energía. Pero, aunque no la tuviéramos, tenemos generadores de reserva. Nuestra abadía es total-

mente autosuficiente. Electricidad propia, comida, agua. Tenemos de todo.

Hasta la fecha, no he descubierto ni un solo *unseelie*. Supongo que prefieren la ciudad. Hay más cosas de las que alimentarse. Kat piensa que no irán a las zonas rurales hasta que no se hayan hartado de las urbanas, así que serán seguras durante un tiempo, salvo por las jodidas Sombras. A ratos, voy a ver a Mac. Sigo intentando que coma. Ro tiene la llave de su celda. No sé por qué necesita tenerla encerrada, pues tiene un montón de guardas a su alrededor y parece que no puede andar tampoco. Si no consigo que coma pronto, tendré que requisar la llave. Puedo engatusarla para que se acerque a los barrotos, pero no puedo obligarla a comer a través de ellos.

No obstante, lo que realmente quiero saber es: ¿dónde está el maldito V'lane? ¿Por qué no ha venido en ayuda de Mac? ¿Por qué no impidió que los príncipes *unseelie* la violaran? Yo le llamo por todas partes, pero si oye mis gritos, no me responde. Supongo que a Mac tampoco.

¿Y a Barrons qué le pasa? ¿No quiere que viva? ¿Por qué la han abandonado justo cuando más los necesita?

Hombres.

No veas cómo me fastidian.

Dejo las provisiones en el salón. Cola de contacto, luces, pilas, escuadras. Nadie levanta la vista. Hay *sidhe-seers* en todas las mesas fabricando el fantástico casco que Mac llevaba la noche que luchamos juntas. Después de rescatarla de los príncipes, Kat y las demás entraron, lucharon y recuperaron la lanza y la mochila, que contenía el casco rosa.

Ahora han empezado una cadena de montaje que yo intento mantener provista, aunque es difícil encontrar luces de un solo clic. Tendré que ir a Dublín por mucho que Ro diga que no vaya a saquear tiendas.

Como la mayoría trabajamos como mensajeras para Post Haste, Inc. —la tapadera para nuestra coalición de *sidhe-seers*, con oficinas en todo el mundo—, casi todas tenemos nuestros cascos de bici. Solo hay que modificarlos un poco. Con las Sombras en la abadía, todas discutimos para ser la primera en

recibir el primer casco terminado. Les dije que Mac lo llamaba MacHalo, pero Ro nos prohibió tajantemente que lo llamáramos así, como si le fastidiara lo que Mac pudiera pensar.

Entro volando a la cocina y abro la nevera con tanta fuerza que se inclina hacia un lado y tengo que enderezarla. Luego empiezo a llenarme la boca de comida. No sé qué estoy comiendo pero no me importa. Estoy temblando. Tengo que comer constantemente. La supervelocidad me agota. Voy a por lo más calórico y con más azúcares. La mantequilla, la nata y los huevos crudos desaparecen pronto. Zumo de naranja. Helado. Pastel. Me lleno los bolsillos de barritas de chocolate y no me voy a ningún sitio sin mi surtido de chucherías. Engullo dos refrescos y dejo de temblar, por fin.

Cogí un par de bebidas isotónicas para Mac en la tienda. Me preocupa que se ahogue con la comida sólida si sigue resistiéndose. Esta vez va a comer y punto pelota.

Cassie me ha dicho que Ro está haciendo rondas. Es hora de ir a por la llave.

No lloro. No recuerdo siquiera si he llorado alguna vez. No lo hice cuando mataron a mamá. Pero si tenía que llorar, lo haría mirando a Mac. Ella y yo moriríamos la una por la otra. Verla así me destroza el corazón. Me dirijo a su celda arrastrando los pies, lo que, para mí, es caminar como un tío cualquiera. Mastico un par de barritas más.

Mac no aguanta con la ropa puesta. Se la quita como si le abrasara la piel. Joder, yo quiero tener ese cuerpo cuando me haga mayor. Cuando la traje aquí, Ro la cogió y la encerró abajo en una de las viejas celdas que se usaban antaño. Las paredes y el suelo son de piedra, hay un catre y un balde para los excrementos. Aunque ella no lo usa porque no come ni bebe nada pero, de todos modos, ¡es por principios! No es un animal, por mucho que se comporte como uno. ¡No puede evitarlo! Y la puerta está hecha de barrotes.

Ro dijo que era por el propio bien de Mac, que los cazadores *unseelie* le seguirían la pista y los príncipes vendrían a llevársela a lord Master, si no la escondíamos bajo tierra y la rodeábamos de guardas. Desde que volví, nos pasamos la

mayor parte del día renovando los símbolos pintados de la abadía, con los miembros del Refugio mirándonos por encima del hombro, diciéndonos qué hacer. Tenían dibujos. Ro los sacó de un libro de una de las Bibliotecas Prohibidas. ¡Fue genial! Tuvimos que mezclar sangre con la pintura. Lo sé porque Ro quería la mía. No quería que se lo dijera al resto de las chicas. Sé un montón de cosas que el resto no sabe. Las paredes de la celda de Mac están repletas de guardas, tanto por dentro como por fuera.

Me cruzo con Liz por el pasillo de camino a las escaleras. Lleva un MacHalo que resplandece como un pequeño sol.

—¿Cómo está? —pregunto.

Liz se encoge de hombros.

—Ni idea. No me toca a mí vigilarla ahora y ya sabes que no me encontrarás ahí abajo a menos que me toque el turno.

Cuando pasó junto a Barb y Jo ni siquiera pregunto. La mayoría de las *sidhe-seers* opinan lo mismo que Liz. No quieren a Mac aquí y nadie quiere arriesgarse tampoco. No hay electricidad en la planta de abajo. Es como en el medievo. Las antorchas están prendidas y sujetas de unos candelabros de pared. Bueno, ya os lo imagináis.

Eso me hubiera puesto un poco nerviosa por Mac pero le dejo unas cincuenta luces LED en la celda y he estado comprobando las pilas de vez en cuando.

—No sé por qué te molestas tanto —me suelta Jo por encima del hombro—. Ella rompió el Orbe. Flirteó con un príncipe *seelie*. Se lo estaba buscando. Los *faes* y los humanos no deben mezclarse. Ese es el propósito de nuestra orden: mantenemos las razas separadas. Se lo ha ganado a pulso.

Me hierve la sangre. Pensaba que estaba la puerta a punto de bajar, pero de repente tengo a Jo contra la pared. Solo nos separan las luces frontales de nuestros MacHalos.

Fijaos en esa mirada. Me tiene miedo.

—Deberías tenerlo —le digo fríamente—. Deberías tenerme miedo porque, si le pasa algo a Mac, serás la primera persona a la que venga a buscar.

Ella me da un fuerte empujón.

—Rowena te quitará tu preciosa espada. Sin ella, no eres tan dura, Danielle.

¿Está de coña?

—Me llamo Dani. —Odio ese nombre tan cursi. Vuelvo a empujarla hacia la pared.

No me lo puedo creer pero vuelve a darme un empujón. Su mirada sigue siendo de miedo pero tiene un punto desafiante.

—Puede que seas más rápida y fuerte, niña, pero en grupo podríamos darte una buena paliza y la verdad es que nos están entrando ganas. Cuando cuidas de un traidor te acabas pareciendo a él.

Miro a Barb y esta se encoge de hombros como si dijera: «Lo siento, pero estoy de acuerdo».

Puñado de imbéciles. Salgo volando sin mirar atrás. No pienso malgastar ni tiempo ni fuerzas en ellas. Mac me necesita.

El primer indicio de que algo va mal es que abro la puerta que lleva al piso de abajo y está todo a oscuras. Me quedo inmóvil, como embobada, durante un segundo. Es imposible que todas las antorchas se hayan apagado a la vez. No noto la presencia de ningún *fae* e incluso la *sidhe-seer* más débil de nuestras filas puede sentirlos en toda la abadía.

Si no hay ningún *fae* quiere decir que una de nosotras ha apagado las antorchas. Eso significa que tenemos a alguien que tiene tantas ganas de ver a Mac muerta y que está dispuesto a hacerlo directamente. Y espera conseguirlo. Enciendo mis luces, acciono el modo superveloz y ¡bingo! Ya estoy en su celda.

Es peor de lo que me imaginaba.

Cuando bajamos los cubos de pintura no pensamos en volver a subir los litros que no habíamos usado. Ahora alguien los había usado y había echado toda la pintura negra por el suelo y salpicado la pared exterior de su celda para borrar los guardas.

La toco con la sandalia. Está húmeda... fresca. Arrugo la frente. Hay algo que no cuadra. Con las antorchas apagadas está claro que las Sombras pueden bajar. Con las protecciones desactivadas, incluso podrían entrar en la celda, si no hubiera cincuenta luces encendidas allí con ella, que las había. Así que, ¿de qué servía? ¿Por qué llevar a cabo un intento de asesinato tan torpe y con tan pocas posibilidades de éxito?

—Mierda —digo, cuando logro dar con la respuesta. Porque quien haya hecho esto no está esperando a las Sombras. Es algo mayor y más malvado, algo que no le teme a la luz.

De ninguna manera. ¡No es posible que tengamos a semejante traidor aquí dentro!

Pero, de todos modos, reflexiono sobre las pruebas. El cerebro me dice: «Vigila, Dani. ¡Espabila!».

No quiero dejarla aquí sola, ¡pero tampoco puedo protegerla sin un arma! De todos modos, no noto que haya ningún *fae*. Necesitaré cuarenta y cinco segundos como máximo. Tengo que arriesgarme.

¡Congelo la imagen!

Moverse así de rápido es muy chulo porque es lo más parecido a volverse invisible. La gente dice que nota una corriente de aire que casi les arranca el pelo. Aún estoy tanteando los límites. Prefiero correr fuera porque hay menos barreras con las que chocar. Estoy llena de moratones.

Lo que quiero decir es que la gente casi ni me ve. Así que, que una persona me toque cuando congelo la imagen, es completamente imposible.

Más o menos veo lo que sucede a mi alrededor, también oigo un poquito, pero sobre todo percibo ruidos e imágenes borrosas.

El ruido que me da el chivatazo, momentos antes de que me den un susto de muerte, son unas voces masculinas. Enfadadas. Violentas. No se permiten hombres en la abadía.

Nunca. No hay excepciones que valgan. La noche que Mac trajo a V'lane aquí estuvimos a punto de palmarla todas.

Pero aquí están. Unos hombres vienen hacia mí. Muchos, de hecho. ¡Oigo disparos! ¡Me cago en...! ¿Pero qué imbécil trae armas a esta guerra? ¿Qué matan las armas? Ah, ya... a nosotras. Pero ¿por qué? Allá delante, vienen más deprisa de lo que esperaba...

¡Esquivar! ¡Esquivar! ¡Esquivar!

Intento apelar a toda la rapidez y agilidad que llevo dentro porque algo rarísimo está ocurriendo aquí y noto una presencia en mi espacio personal que me está costando horrores evitar. De repente, algo me levanta en el aire por los codos y me deja plantada en el suelo con tal fuerza que me castañetean los dientes.

Me han dado un buen tirón.

A mí.

Me han sacado de mi velocidad ultrasónica. Me han obligado a parar.

No sé qué hacer.

Doy un chillido.

—Dani —dice un hombre.

Lo miro boquiabierta. Mac no me había dicho nunca cómo era. No puedo creer que nunca me dijera que era así. No puedo dejar de mirarlo.

—¿Barrons? —susurro.

Tiene que ser él. No puede ser ninguna otra persona. ¿Es con él con quien vivía cada día? ¿Y cómo lo soportaba? ¿Cómo podía decirle que no a nada? ¿Y cómo sabe quién soy? ¿Le habría Mac contado algo de mí? ¡Espero que le contara lo increíble que soy! Tengo tanta vergüenza que me querría morir. He chillado delante de él. Como un ratoncillo, además. Pero es que ocupa mucho espacio... y me ha levantado por los aires.

Me reincorporé como pude, a toda velocidad. Tengo la sensación de que él me deja. Eso me irrita muchísimo.

Miro atrás y casi chilló de nuevo.

Hay ocho hombres repartidos en una formación en V detrás de él, cubiertos de armas de la cabeza a los pies, con las municiones colgando; me parece que son Uzis. Son unos hombres corpulentos. Un par de ellos parecen más animales que humanos. Hay otro que parece la misma muerte, con su pelo blanco, la piel pálida, unos ojos oscuros y penetrantes que evalúan inquietamente, incesantemente. Los posa en mí. Me acobardo. Todos se mueven de un modo elegante y extraño, como los *faes* exudando arrogancia; pero no son *faes*. Las *sidhe-seer* están inmóviles, pegadas a la pared, tratando de no llamar la atención. Que yo vea, no ha muerto nadie. Creo que los disparos que he oído eran advertencias lanzadas al aire. Espero que así sea. La energía que exudan estos tipos es feroz. Sea lo que sea que tiene Barrons —no sé qué debe de ser, pero se sale de los gráficos de potencia, seguro—, ellos también lo tienen. Viendo a esta tropa andando con aires de grandeza por el pasillo de la abadía me hace tener aún más ganas de desaparecer de su camino.

Un hombre tiene cogida a Ro y la amenaza con un cuchillo en el cuello.

Debería ir volando hacia allí y salvarla. Es nuestra Gran Maestra. Es nuestra prioridad. Pero la cosa es que no sé si podré esquivar a Barrons.

—¡Marchaos de mi abadía! —grita.

—¿Dónde está Mac? —pregunta Barrons con suavidad. Lo miro. Para él, la suavidad es como un cuchillo quirúrgico que amenaza con rajarte la yugular—. ¿Le ha hecho daño esa puta?

¡Ay si las miradas matasen! Algún día, alguien va a mirar así a alguien sobre mí. No pienso decirle que estaba bastante segura de que Ro iba a dejarla morir.

—No. Está bien. —Le aclaro un poquito—: A ver, tan bien como estaba cuando la trajimos.

Me lanza una mirada muy elocuente y repite:

—¿Dónde?

De repente, y como un jarro de agua fría, una dura realidad se abalanza sobre mí al ver las antorchas apagadas y las paredes cubiertas de negro. Yo sola no puedo mantener segura a Mac. Incluso yo tengo que dormir a veces. A excepción de la víspera de Todos los Santos, Barrons la ha mantenido siempre sana y salva.

Sin embargo... no creo que nada humano haya podido interceptarme así, en el aire. ¿Qué es él? No sé hasta qué punto Mac confía en él.

—Prométeme que no le harás daño a Ro —le digo—. La necesitamos.

Algo salvaje se mueve en la profundidad de sus ojos.

—Eso ya lo decidiré cuando vea a Mac.

De repente, yo también me siento salvaje.

—¿Y dónde cojones estabas cuando ella te necesitaba? —gruño—. Yo sí que estaba allí.

Y, sin mediar palabra, congelo la imagen y desaparezco.

Solo hay dos cosas en las que confío dentro de estas paredes: en mí y en mi espada. Y si mi instinto está en lo cierto, como siempre, Barrons no es el único que quiere llegar hasta Mac ahora mismo.

Voy a darles una paliza a todos.

Dejo que esa sensación *sidhe-seer* fría y ancestral me envuelva. ¡Me transformo en poder, fuerza, velocidad! ¡Soy libertad!

La puerta de la oficina de Ro se hace astillas.

La espada es mía.

Ya en la celda de Mac, a su lado. Ella se da la vuelta como si detectase el calor que emana mi cuerpo. Se me aferra a la pierna y se frota contra mí. Hace ruidos. Yo finjo que no ocurre nada raro. Ahora mismo no sabe lo que hace. No la miro directamente. No lo he hecho desde que la rescaté. No sé mucho sobre sexo, pero sí sé que lo que le pasa a ella no es forma de aprenderlo. He estado investigando un poco. Me tiene preocupada. No hay ni un solo caso de una persona que se haya convertido en *pri-ya* y haya podido regresar. Ni uno. Se vuelven animales estúpidos que hacen lo que les dicen hasta que mueren. Y eso en los casos transformados por *see-lie*. Nunca nadie había sido transformado por un *unseelie*, ¡y Mac tuvo la mala pata de coincidir con tres de los más poderosos! Pero Mac tiene unos buenos ovarios. Se recuperará abriéndose paso con uñas y dientes. Tiene que hacerlo. La necesitamos.

¡Ha entrado un *fae*!

El «necesitoquierosexomuerte» explota en mi interior. ¡La vacilación no va conmigo! Le clavo la espada en el estómago. Mira hacia abajo. La criatura está aturdida, incrédula. Nos miramos el uno al otro. Una perfección insoportable. Se me humedecen las mejillas como la última vez que miré a un príncipe y no hace falta que las toque para saber que es sangre. Si me sangran los ojos con solo mirarlo, ¿cómo pudo sobrevivir Mac con tres tocándola? Y haciéndole cosas... Incluso herido de muerte, me obliga a arrodillarme. Quiero dejarle hacer conmigo lo que quiera. Quiero obedecer. Quiero llamarle Amo. Ro dice que son el equivalente de los Cuatro Jinetes del Apocalipsis, así que, ¿a quién le he clavado la espada? ¿Es la Muerte, la Peste, el Hambre o la Guerra? Madre mía, ¡vaya presa! Me daría a mí misma unas palmaditas en la espalda si no fuera porque estaba luchando con todas mis fuerzas por no sacarle la espada y clavármela a mí misma. Intenta joderme la mente. Intenta llevarme a su terreno. Sus ojos iridiscentes arden de tal modo que estoy segura de que quiere prenderme fuego. Entonces caemos los dos al suelo de rodillas: él está muerto y yo también, pero de la vergüenza, porque creo que

he tenido mi primer orgasmo matando a un príncipe *unseelie*. Está mal. Lo odio. Odio lo que me está haciendo sentir ahora mismo. No tendría que ser así.

Barrons acaba de entrar en la celda.

Veo a otro príncipe *unseelie* desplazándose detrás de mí. Esa cosa tiene tanta fuerza que mis sentidos de *sidhe-seer* la captan antes de que se vuelva corpóreo. Me doy la vuelta, lo embisto pero no logro matarlo porque el muy cabrón me mira por encima del hombro y desaparece.

Ya lo entiendo. No soy tan tonta. Le tenía más miedo a Barrons que a mí y a mi espada.

Me doy la vuelta para mirarlo, para pedirle respuestas, porque no estoy dispuesta a dejar que se lleve a Mac a ningún sitio hasta que me explique unas cuantas cosas, pero él me aplaca con la mirada.

«Muy bien», parece decirme su mirada. «Ya no eres una cría —me dicen sus ojos—. Eres una guerrera, y de las buenas.» Barrons me examina, me mira de arriba abajo y me devuelve el reflejo de mí misma, y en sus negros espejos veo a una mujer increíble. Él me ve. ¡Me ve de verdad!

Cuando recoge a Mac y se da la vuelta, contengo un suspiro. Algún día le daré mi virginidad.

## Capítulo 3

*Mac, en la celda de la abadía*

Soy calor.

Soy necesidad.

Soy dolor.

Soy más que dolor. Soy agonía. Soy la otra cara de la muerte a la que se le ha negado la compasión. Soy la vida que nunca tuvo que haber sido.

Soy toda piel. Una piel viva, hambrienta, que duele, que necesita que la toquen para sobrevivir. Doy vueltas y vueltas pero no basta. El dolor no hace más que empeorar. Tengo la piel en llamas, hecha trizas por cientos de cuchillas al rojo vivo.

Llevo en el frío suelo de piedra de esta celda más de lo que me gustaría recordar. Nunca he conocido nada salvo este suelo. Estoy hueca. Me siento estéril. Vacía. No sé por qué continúo existiendo.

Pero ¡espera! Noto algo dentro de esta inactividad. ¿Es esto un cambio?

Levanto la cabeza.

¡Hay alguien más cerca, alguien que no está vacío como yo!

Me acerco arrastrándome y le imploro que acabe con mi agonía.

La presencia intenta meterme cosas en la boca y hacerme masticar. Aparto la cabeza. Me resisto. No es lo que yo quiero. Tócame ahí. ¡Tócame, ahora!

Pero no lo hace. Se va. A veces regresa y vuelve a intentarlo.

El tiempo ya no tiene sentido.

Voy a la deriva.

Estoy sola. Perdida. Siempre he estado sola. Nunca ha habido más que frío y dolor. Me toco. Lo necesito. Lo necesito.

La presencia viene y va. Me pone cosas en la boca que huelen y saben mal. Las escupo. No es lo que necesito.

Voy a la deriva en mi dolor. ¡Espera! ¿Qué es esto? ¿Otro cambio? ¿Voy a conocer algo que no sea la agonía?

¡Sí! ¡Esto sí lo conozco! ¡Mi creador está aquí! Mi príncipe ha venido. Me alegro muchísimo. El fin de mi sufrimiento está muy cerca.

Pero... espera. ¿Qué está haciendo la otra presencia?

Mi príncipe está... ¡no, no, no!

Grito. Golpeo a la presencia con los puños. Le está haciendo daño a mi maestro con una cosa larga y brillante. ¡Déjalo en paz! Llévame a mí, le pido. No puedo soportarlo más. ¡Soy dolor! ¡Dolor!

La presencia se arrodilla junto a mí. Me toca el pelo.

Mi príncipe se ha ido.

¡El otro lo ha echado!

Me desplomo. Más dolor. Desesperación. Desolación. Estoy en los acantilados de hielo negro de donde provienen mis maestros.

¿Cambio de nuevo?

¿Ha llegado otro creador? ¿Me van a salvar después de todo? ¿Me será concedida la misericordia de manos de mi amo?

¡No, no, no! Él se ha ido, también. ¿Por qué me torturan?

Soy agonía. Me han abandonado. Me están castigando y no sé por qué. Pero espera...

Algo se cierne sobre mí. Es oscuro y muy potente. Es eléctrico. Es lujuria. No es uno de mis príncipes, pero mi cuerpo se arquea y arde. ¡Sí, sí, sí, tú eres lo que necesito!

Me toca. ¡Estoy ardiendo! Lloro de alivio. Me sostiene contra su cuerpo, me aprieta contra él. Chisporroteamos. Me habla, pero no entiendo su idioma. Estoy en un lugar indescriptible. Solo hay piel, carne y necesidad.

Soy un animal. Tengo un hambre sin conciencia, no hay duda.

¡Y me ha dado un regalo que supera a todos los regalos: mis maestros deben de estar contentos conmigo!

No entiendo nada de lo que me dice, pero la piel se reconoce en sí misma.